

Wenceslao Roces, maestro (Palabras pronunciadas en el acto celebrado en su memoria)

Federico Álvarez

Con esa virtud maravillosa del lenguaje, casi increíble —y que, sin embargo, experimentamos todos los días—, decimos ahora “doctor Roces”, “Roces”, “Wences”, y, de repente, está aquí vivo entre nosotros. Si no está visible es porque aún no ha llegado. Ya llegará. Tal vez esté afuera. ¿Qué le habrá pasado? Es el tráfico. La lluvia. Tal vez esté cobrando...

El pequeño esfuerzo de imaginarlo es hoy todavía menor porque los organizadores del acto han editado un cartel con una fotografía de su rostro. Quien no lo conoció dirá: ¡Dios, mío! ¿Y quién es ese hombre malhumorado? Ceño fruncido, labios apretados, mirada directa, penetrante, inquisitiva.

Esa fotografía es ya una primera gran lección.

Cuando se la hicieron tal vez alguien le pidió: “Una sonrisa, maestro”. “¿Una sonrisa? ¡Ni hablar!”; debió decir para sus adentros. Tanto político con la risa de oreja a oreja, tanto intelectual sonriente en todos los periódicos... ¿De qué se reirán? Y él frunció el ceño, como ustedes lo han visto en todas las paredes de la Facultad, y pensó: “No me gusta este mundo”.

Fruncía el ceño, en efecto, con frecuencia, y los labios: primero, ya lo he dicho, porque no le gustaba el mundo (aunque sí, y mucho, la gente), y segundo, porque, como Antonio Machado, estaba también en “guerra con las entrañas”, en guerra consigo mismo, siempre insatisfecho, siempre calladamente torturado por proyectos no cumplidos.

Era, desde hacía muchos años, el mejor amigo de mi padre. Y, por lo tanto, mi maestro siempre a mano. Su lección era siempre la misma: honestidad, sinceridad —que algunos confundían con agresión—, rigor intelectual, firmeza de alma, temple, valentía. Una cierta jovialidad optimista, que al final de sus años se fue haciendo cada vez más rara, hasta desaparecer en una angustiada taciturnidad (que era también la de mi padre) y que a todos nos dolía. En otros tiempos, sin embargo, le había oído yo más de una vez, en mi

casa —en la de mis padres—, en reuniones de amigos, cantar canciones asturianas con los ademanes del caso.

Su baja estatura daba a sus movimientos un donaire singular, imborrable, simpático. Se acercaba a uno con la sonrisa sincera y abierta en la boca. Yo lo he visto siempre —a pesar de la mucha confianza— con profunda y gozosa admiración. Conociéndole, era imposible no quererle. Y en los momentos difíciles de la confidencia, tenía una elegancia y un pudor infinitos.

Pero, cuando encontraba el concepto adecuado era terminante, perentorio. Lo mismo, en clase, que en una conferencia, que en una reunión política. Era hombre firme, pero su firmeza era sólo suya, una firmeza peculiar, como consustancial consigo mismo, sustentada en una fe irrenunciable en la capacidad de la razón, de la reflexión, del pensamiento.

Cuando le enseñé mis primeros escritos “serios” (que escribí a petición suya, casi enseguida de conocerle —y ya en esto hay un cuidado con el que siempre estoy en deuda) me definió en cuatro palabras: “Lo malo en ti es la dispersión”. ¡Qué razón tenía! Desde entonces lo sé. Desde entonces ha sido —la de la dispersión—, una de las peleas —siempre perdida— conmigo mismo.

Una vez sentí dolorosamente que (como parte de un reducido cuerpo colegiado) había sido públicamente injusto conmigo. Y choqué amargamente con él (la política da a la juventud estas petulancias). De los cinco miembros de aquel grupo colegiado, sólo él, pocos días después, en el cruce de un encuentro casual, se me acercó con los brazos abiertos. Y yo era nada, nadie, un mocoso... Era, pues, fácil quererle. Desde mi menor edad, al menos, le quise siempre. Un cuarto de siglo me separaba de él, mas, ¡qué manera de dar confianza, seguridad, respaldo!

Tenía esa inteligencia nerviosa, inquieta, que busca siempre claridad, precisión, exactitud, y que frustra tantas posibilidades de investigación y de trabajo. Esa tremenda exigencia consigo mismo fue tal vez su peor enemigo. Había que conocerlo con cierta cotidianeidad para percatarse de su enorme talento. Lo que nos dejó escrito es nada en comparación con su capacidad, su penetración, su brillantez. Su obra de traductor, tan importante (¿por qué no hablar de una verdadera segunda “escuela de traductores” que, desde México, desde el Fondo de Cultura Económica, irradió, durante dos décadas de oro, a todo el ámbito de la lengua española —salvo a España, claro, donde estaba proscrita—, lo mejor de la cultura universal contemporánea, antes que en muchos otros países de tradición más cultivada?), su tarea de traductor, repito, y su persistente actividad política antifranquista, le privaron del tiempo y de la serenidad necesarios para una obra que en otras condiciones nos hubiera dejado venturosamente. Pero también pesó en su contra aquella autoexigencia exagerada en la que se mezclaban de manera paradójica una noble presunción y una increíble modestia. Wenceslao Roces, tan supuestamente

adusto y duro, era de una sencillez y de una llaneza que en nadie he conocido igual. Los valores públicos, la nombradía y la fama le tenían sin cuidado.

Bien lo demostró cuando —en los años eufóricos de la transición democrática española— fue el primer senador comunista electo en las primeras elecciones democráticas españolas. Lo recuerdo muy bien porque yo entonces estaba allí, y porque fui a verle, el día de su llegada a España, al pequeño hotelito de la Castellana donde se hospedó por un breve tiempo (¿Hotel Amaya?). Estaba muy contento, claro. Todos lo estábamos. Después de haberle escuchado en tantos mítines antifranquistas, en México, le escuché con la fruición que podréis comprender, durante la campaña electoral, en un mitin madrileño inolvidable en un campo de fútbol rodeado de banderas rojas. Pronunció un discurso hermoso, emocionado. Recuerdo muy bien su voz aguda y clara en el silencio de aquella multitud, su brazo izquierdo que subía y bajaba al compás de sus frases certeras. Muy pocos le conocíamos. “Viene de México”, oí que alguien explicaba en un susurro. Sentí entonces yo, de manera extraña, y sintió él también —lo sé porque luego me lo dijo—, que había allí, en aquel nuevo tiempo español, algo que ya no podía atarse.

Había visto yo muchas veces a Roces en conflictos políticos, con otros, y consigo mismo. Pero aquellos días de la transición la cosa era muy diferente. ¡Wenceslao Roces, senador del Reino! Era imposible...

Nunca vi a Roces más desconcertado. ¿Qué pasaba? Ganó por muy amplio margen —como suele decirse— las elecciones y ocupó un sillón senatorial. Nos vimos varias veces. No estaba contento. En modo alguno. ¿Comparaba —como Max Aub, como Jorge Guillén, como Francisco Giner de los Ríos, como Francisco Giral, como Nicol, como Sánchez Vázquez— aquella España democrática y monárquica con la España republicana de la Guerra civil? ¿La comparaba con la España que el exilio esperó durante casi cuarenta años? La España del 78 no era ya la de Roces. ¿Habíamos ganado? El exilio, desde luego, no. Y Roces regresó a México, a su Universidad, a su Universidad, a su Facultad: la nuestra.

¿Por qué hago esta larga referencia de su vuelta a España y de su breve etapa senatorial? Porque hay en ella —como todos ustedes saben— el testimonio de una experiencia política muy dramática y muy significativa, y una última lección ejemplar. Conste que yo traté de disuadirle de que volviera entonces a México, y me opuse, cada vez más tibiamente, a que abandonara su puesto en el Senado. No por razones políticas o de partido, sino por razones de admiración y de afecto: porque me ilusionaba ver a Roces cumplir su labor española con el denuedo y la consistencia que eran, también, prendas excepcionales de su personalidad. Pero debo confesar que era difícil argumentar frente a su semblante desconcertado y triste. Y acabé apoyándolo, respaldando en nuestras conversaciones su decisión. En realidad, él lo

necesitaba. Necesitaba que alguien le dijera: "Sí, volvamos a México". Porque, cuatro años después era yo el que seguía su camino de regreso a nuestra Universidad.

La experiencia dramática de que acabo de hablar estaba clara: los exiliados que habían combatido en la Guerra civil no encontraban ya, ni encontrarían nunca, la España soñada. Habían sido derrotados dos veces. Y, en España, olvidados casi completamente.

La lección era menos dramática pero acaso más intensa: no podíamos dejar de ser —en pleno conflicto— españoles, pero éramos ya también mexicanos. Mejor dicho, comprendíamos por fin que éramos americanos, de acá de esta lado. Cobramos conciencia de ello. María del Carmen Millán me dijo una vez —en el año 65—, con aquella comprensiva simpatía que no olvido: "Está bien; váyase, pues, a España, Federico, y vuelva pronto, curado por fin de ese sarampión peninsular". No era un sarampión, claro. Pero hubo que vivir el regreso a España, para acabar de matar interiormente al exilio, ya muerto a manos de la transición. Para desexiliarnos, como ha dicho Mario Benedetti. Y para vivir serenamente el conflicto de tener una nacionalidad plural.

Aquí Rocés (y, con él, Sánchez Vázquez y Nicol) nos da esa lección excepcional de que hablo, a nosotros, los exiliados que habíamos sido niños durante la guerra: la lección de nuevo —inédito— amor a México.

No está bien hacer declaraciones públicas de amor a nadie. Sólo a los poetas —como decía Thomas Mann— se les permiten ciertos impudores a la luz del día. Pero lo del amor tiene aquí otra significación que Rocés vio muy bien. En los años setentas cristalizó en algunos intelectuales del exilio algo que venía plasmándose lentamente: la posibilidad, primero, de ver a México, por fin, no desde una perspectiva española (la de Gaos, por ejemplo), interiorizante y asimilista (puedo verle a usted hermano mexicano, desde dentro, porque usted es tan español como yo), sino desde una perspectiva privilegiada exteriorizante y diferenciadora (por fin veo y siento a usted, mexicano, desde fuera, en su verdadera identidad diferencial mexicana, es decir, en su no españolidad), perspectiva que, por fin, asumimos y sentimos, con plena autenticidad egoísta, como propia. Se trataba, en cierto sentido, de un desgarramiento. Claro que de un desgarramiento muy especial porque, en lugar de perder, se ganaba.

Eso somos nosotros, gracias al magisterio ejemplar y a la emoción humana de hombres como Wenceslao Rocés. Cuando el gobierno de México le honró con la orden del Águila Azteca realizaba un gran acto de justicia.

Algunas veces me miraba fijamente, con una pequeña sonrisa en los ojos, dándome la razón en algo. ¡Con qué felicidad volvía entonces a mi casa! ¿Quién piensa en otros valores? Quien ha tenido un maestro como él —y en esto yo lo uno a mi padre— tiene ya una deuda con la vida.